

## Suecia, pueblo feliz



*Haya de la Torre con Olof Palme, Primer Ministro de suecia (1969-1976, 1982-1986)*

¿Cuál será la respuesta de un sueco al extranjero que improvisadamente le pregunta si sabe que forma parte de un pueblo feliz?

Como el planteamiento cuestiona aparece insólito en un mundo conturbado y entristecido por miserias, injusticias y temores, la respuesta no será nunca fácil, simple, ni menos arrogante. El sueco navegado —que como el vino tal puede ser el mejor— no podrá negar su asentimiento, aunque modestamente trate de amenguar la comprobación del hecho irrefutable con muy discretas y silogizadas razones:

—Bueno, ciertamente, pero es que tuvimos ciento treinta años de paz, y, por ello, la inmensa suerte de no malgastar nuestras energías ni nuestras rentas en los tristes desagaderos de la guerra, y de aplicarlas, más bien, a la tarea pacífica de dignificar nuestra vida.

Algún sueco, de aquellos que no han visto aún el melancólico espectáculo que a los dos lados de la Cortina de Hierro presentan centenares de millones de hombres distantes todavía de los beneficios de aquellos sistemas que los unos llaman “mundo justo” y los otros “mundo libre”, casi se sentirá sorprendido. Aunque en el fondo de la

conciencia de cada hombre o mujer de este país, ya como una convicción, ya como una inferencia de sentido común, palpita un sano orgullo: el de saber que Suecia es la nación de más alto estándar o nivel de vida de todo el mundo.

¿Cómo definiríamos un pueblo feliz?

Se ha dicho mucho que ni la República platónica, ni la Ciudad del Sol de Campanella, ni la Utopía de Tomas Moro, ni el reino andino aquel que Voltaire describe en su *Cándido*, ni el falansterio de Fourier eran cabales expresiones de felicidad colectiva. Y que, como en la ópera *Orfeo en los infiernos*, de Offenbach, los dioses de la felicidad perfecta, hastiados del néctar y la ambrosía olímpicos, buscan los caminos perversos del infierno para ser felices.

Pero serlo supone, elemental y humanamente, que un pueblo tenga pan, casa, abrigo, educación y seguridad. Que el niño que nace no devenga una carga para el hogar adonde llega, ni sea echado al mundo inerme y sin destino. Que el Estado del cual va a ser ciudadano lo auxilie desde que nace, lo tutele y lo eduque, lo alimente o coadyuve a alimentarlo, lo adiestre para el trabajo, lo cure y le garantice protección y estímulos. Que lo ayude a vivir y a producir física e intelectualmente y lo aguarde con un digno amparo en la vejez.

Los índices de un pueblo feliz pueden darlos aquellos que marcan la liquidación del analfabetismo, la mendicidad, la desnutrición, el abandono de niños y ancianos, el desempleo y las violentas y ofensivas desigualdades de clases y fortunas. Y, asimismo, las más bajas denotaciones de delincuencia y enfermedades remediabiles y de accidentes y males previsibles.

Si se acepta que estos serían los enunciados generales susceptibles de condicionar la existencia de un pueblo venturoso y si se reitera la pregunta específica acerca de Suecia, la respuesta surge incontestable: Suecia es un pueblo feliz.

Bien entendido que no se habla aquí de una clase o casta feliz; pues en tal caso la hallaremos ahíta y refocilada de privilegios por todos los rincones de la Tierra y —subrayémoslo— al este y al oeste de ella. Mas sí de un pueblo en el cual, precisamente, se va camino de una sociedad sin clases, superando los antagonismos y contrastes que las taján y dividen. Y este es Suecia, país sin analfabetos ni indigentes, en el cual cada niño que nace recibe una subvención estatal hasta los dieciséis años —incrementada en caso de inválidos, defectuosos o huérfanos—, y luego una educación obligatoria de nueve años en escuelas que son hazañas de arquitectura funcional, donde recibe comida, libros, asistencia médica y odontológica gratuitas, y donde tiene gimnasios y baños, bibliotecas y espectáculos de la más alta calidad.

El Estado sigue tutelando al muchacho y muchacha suecos después de la escuela, en el gimnasio técnico o en el liceo, en la escuela superior o en la universidad, y en cada etapa de la instrucción y de la vida le aguardan caminos abiertos, estímulos intelectuales y, siempre, el seguro tutelar que lo acompaña de la cuna a la tumba. De todo riesgo estará resguardado, y en cuanto puede ser posible en una colectividad de trabajadores manuales e intelectuales cuyos beneficios sociales resultan del esfuerzo unánime, los graves males de la desigualdad han sido prevenidos.



*Haya de la Torre en una conferencia en Estocolmo. La segunda persona a su izquierda es Tage Erlander, Primer Ministro de Suecia (1946-1969).*

¿No se quejan los suecos? He aquí una pregunta que se supone obvia. Se quejan, sí, porque siempre quisieran las cosas mejores. A algunos, los ricos que pagan altísimos impuestos, les gustaría pagar menos. Otros creen que tanto bienestar y comodidad puede debilitar el espíritu de iniciativa, la emulación y la osadía. Otros dicen que el pan, la libertad y la paz así logrados han enseñado al pueblo que solo en el regalo material consiste la verdadera dicha. Los religiosos protestantes puritanos dirán que con este sistema de justicia supresora de menesterosos y desvalidos ha caducado la caridad cristiana y se ha desacreditado un viejo apotegma que Lutero hizo suyo para condenar la revolución de los desposeídos campesinos alemanes: que siempre habrá pobres y ricos porque “hasta en el cielo hay jerarquías”.

Pero las quejas, a pesar de que encienden sus fuegos polémicos y disparan a fondo sus baterías parlamentarias, periodísticas o de corrillo, son acaso un alarde de libertad de expresión y, de todos modos, un certamen de ideas y un concurso disertado de argumentos. Ello no obstante, como las reformas sociales en su esencialidad cuentan hasta con el apoyo de los conservadores, puede afirmarse que si alguien intentara de veras dar paso atrás en este adelantado camino de las grandes conquistas sociales suecas, la nación entera negaría su apoyo a tal retroceso. El sistema democrático sueco es ya ínsito de su ordenamiento económico y este forma con su metodología estatal un todo orgánico.

Por otra parte, la contraposición de doctrinas y opiniones mantiene siempre un nivel eminente de civilizado respeto y de síntesis. Este pueblo, antaño belicoso y varias veces conflagrado por luchas internas y revoluciones, es hoy un ejemplo de cordura, sosiego y alto sentido de convivencia. Tenaz, trabajador, el pueblo sueco ha transformado su país, antes solamente agrario y hasta retrasado, en el modelo de progreso, de avance tecnológico y de acelerado industrialismo que es hoy. Al arrostrar un clima de largos inviernos inclementes y de días breves, esta obligante previsión del tiempo lo ha incitado a proyectar positivamente su fe serena en el futuro.

Y así, frente a frente a Rusia y lado a lado de un mundo transido de inquietudes e intimidado de alarmas, Suecia sigue trabajando, enriqueciéndose y dándose leyes sociales cada vez más progresistas. A la cabeza de los cinco países nórdicos, con Noruega y Finlandia, Dinamarca e Islandia, forma un grupo de Estados cuyos logros sociales tienen ya la trascendencia de un mensaje realista a un mundo desesperanzado que solo se pregunta cuál de los dos imperios en lucha tiene la bomba más destructiva<sup>4</sup>.

Estocolmo, marzo de 1955

---

4 Las estadísticas escandinavas de 1940-1950 distribuyen así a la población trabajadora de los cinco Estados nórdicos:

|                                            | Dinamarca | Finlandia | Islandia | Noruega | Suecia |
|--------------------------------------------|-----------|-----------|----------|---------|--------|
| Agricultura, silvicultura y pesca          | 25,2%     | 44,0%     | 46,2%    | 29,6%   | 20,4%  |
| Minas, industria manufacturera y artesanía | 35,0%     | 30,2%     | 21,2%    | 33,2%   | 41,2%  |
| Comercio y transporte                      | 22,0%     | 13,1%     | 17,3%    | 21,7%   | 23,5%  |
| Otras ocupaciones                          | 17,8%     | 12,7%     | 15,3%    | 15,5%   | 14,9%  |

Dinamarca depende mayormente de su agricultura; Finlandia, de sus bosques; Islandia, de su pesca; Noruega, del mar —marina y pesca—; y Suecia, de sus industrias manufactureras y mineras. Dinamarca, deficiente en minerales, ha logrado establecer una industria metalúrgica mecánica, con materias primas importadas, en la cual emplea el veinticinco por ciento de sus trabajadores industriales. La industria finlandesa ha aumentado grandemente después de la guerra, a causa, en gran parte, de las demandas de reparaciones rusas. Noruega ha desarrollado en extremo su electricidad barata, aprovechando su poder hidráulico; y el desarrollo industrial sueco supera al de todos los demás Estados escandinavos.

Fuente: Mensaje de la Europa Nórdica. V.R. Haya de la Torre.